

Prólogo

La invasión napoleónica fue uno de los acontecimientos más notables de la historia reciente de España. Es el comienzo de la época contemporánea y trajo consigo –junto a los desastres de una guerra– el inicio de una nueva sociedad y de unas formas políticas nuevas. Historiadores, como el conde de Toreno y Modesto Lafuente, describieron sus batallas y sus logros, los cambios sobrevenidos en aquellos tiempos tristes, que sin embargo anunciaban un horizonte nuevo, que llega hasta nuestros días. Galdós, en las primeras series de los Episodios nacionales mezcla sus personajes –Gabriel Araceli y Salvador Monsalud– con los protagonistas vivos. En su intento de exponer la nueva situación liberal que despliega en sus novelas, comienza con la derrota de Trafalgar, y continúa con los sitios de Gerona o de Zaragoza... La primera serie narra el reinado de Fernando VII. La historiografía ha sido copiosa sobre aquellos años fundacionales del estado moderno. En aquel momento los franceses, con sus armas, trajeron sus ideas y sus logias –elementos decisivos para la transformación–. Propusieron un monarca Bonaparte, en quien muchos «afrancesados» vieron una solución de modernidad; transmitieron sus ideas constitucionales: «Le but de toute association politique est la conservation des droits naturels et imprescriptibles de l'homme. Ces Droits sont la liberté, la propriété, la sûreté et la résistance a l'oppression...» Con la ayuda decisiva de Inglaterra, fueron vencidos y se retiraron dejando huella dolorosa, pero también las raíces de una revolución que prometía un futuro más justo, más libre, más favorable al pueblo.

En general, la bibliografía hispana no ha mirado con simpatía la presencia de los ejércitos napoleónicos, aunque existan buenos estudios sobre afrancesados y liberales: Juretschke sobre Lista, Artola, López Tabar, Vicente Llorens en sus Liberales y románticos. Pero sobre el ejército y el estado bonapartistas no ha sido, en general, muy amplia; interesa el bando doceañista, más que el francés, que parece dejarse encargado a los historiadores galos...

También los sucesos de aquellos años, en las diversas regiones, han producido numerosos estudios: a medida que avanza la investigación sobre un tiempo y unos acontecimientos, la parcela ha de reducirse para penetrar más hondo, para manejar nueva y más copiosa documentación, y entender mejor los mecanismos sociales y económicos, los jurídicos. La historia local cobra importancia, no es una limitación como algunos pretenden –otra cosa es que sea anécdota o de detalles poco importantes, de lo que también pueden adolecer los enfoques amplios–. En Valencia la iniciaron Vicente Genovés y Natalio Cruz, después Manuel Ardit, y tantos otros... Mas una cosa son las ideas y las circunstancias y luchas políticas y bélicas, otra, las instituciones que propugnaron los franceses, desde un monarca y una constitución –la de Bayona–, una división de las provincias o departamentos regidos por prefectos o por militares, unos impuestos... El primero que en España cultivó un enfoque institucional fue Mercader Riba, gran historiador al que sin embargo se ha olvidado un tanto. Tuve cierta relación con él, no por éste, sino por el tema de la Nueva Planta sobre el que tanto trabajó, en relación a Cataluña; en alguna ocasión hablamos en la Residencia de Estudiantes de Madrid, en donde pasó gran parte de su vida, mientras estuvo en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Era un hombre retraído, trabajador hasta el extremo, generoso... Tuvo escasos continuadores en este empeño, aunque la tesis doctoral de Carmen Muñoz del Bustillo, acercó su mirada a la prefectura de Xerez.

Pilar Hernando realiza su estudio sobre el Ayuntamiento de Valencia, sus transformaciones desde inicios del xix hasta la vuelta de Fernando VII. El Antiguo Régimen se desplomaba sin remedio, con las propuestas de Cádiz y de los ejércitos franceses... La autora vio cómo se producían los cambios en tres modelos diferentes: el viejo ayuntamiento borbónico fue sustituido por las propuestas francesas y doceañistas, luego volvió a instaurarse por unos años. Durante un periodo, entre 1812 y 1813, –entre el ayuntamiento tradicional y las propuestas de reforma de Cádiz– Valencia fue administrada por los invasores. Quizá sin demasiados cambios, al pronto se respetaron a los regidores, pero con sentido de ocupación bélica; la interferencia militar del mariscal Suchet aborda las principales cuestiones: cambio de personas, reformas, lealtades, asuntos económicos... Cuando la historia acelera los ritmos –la invasión, la resistencia, las ocupaciones, los destrozos...– parece que los documentos, aunque no sean muy numerosos, hablan con claridad, plantean novedades y proyectos que apenas

tienen tiempo de implantarse. Comienza sus páginas con una amplia presentación de los últimos momentos del ayuntamiento borbónico, su organización y quiénes lo forman. Como acontecía desde el XVIII —desde la Nueva Planta—, el corregidor-intendente y los regidores formaban una oligarquía al servicio del rey y de sus propios intereses, que dominaba sobre la ciudad. Durante los años de la guerra, una junta de notables tomó el poder, sujeta después a la Junta Central y a las Cortes y la regencia. Los problemas municipales de esos años —contribuciones bélicas y defensa de la ciudad— fueron sus tareas esenciales, hasta que se verificó la ocupación. Moncey una vez, y Suchet por dos, sitiaron y destruyeron en parte la urbe amurallada; el palacio real fue derribado para oponerse al avance francés... Desde su entrada, los franceses imponen un nuevo orden político y administrativo: en primer lugar las prefecturas francesas y comisarios, al menos en el papel, pues no alcanzarían a Valencia. La creación por Napoleón de cuatro gobiernos militares, con un mariscal al frente —en pugna con los deseos y poder de José I— dejó la ciudad sujeta a mando militar. En sus páginas la autora muestra cómo, una vez más, la realidad viva se mezcla con las normas, en este caso por razón de la guerra. El arbitrio del mariscal Suchet fue la ley, ayudado por algunos altos mandos franceses; durante unos meses se quiso reconstruir la administración municipal. Se confirmó a todos los regidores y oficios municipales, incluso un alcalde mayor presidió como corregidor interino. Todos colaboraron, se reunieron cada día para hacer frente a los graves problemas existentes, en especial el mantenimiento del ejército y autoridades de ocupación. En realidad, fueron meros ejecutores de órdenes francesas, dirigidas a proporcionar alojamientos, raciones, salarios... De otro lado, recaudaron los repartos de las contribuciones extraordinarias exigidas por el mariscal. Cantidades altas que exigieron la confección, con extraordinario cuidado, de un libro padrón de personas y propiedades —ya iniciado en 1810—, cuya consulta depara excelentes datos; Juan Romero y José Luis Hernández Marco lo utilizaron para analizar propiedad de las tierras en Valencia; la autora también, para precisar quién es quién en el ayuntamiento y en la vida de la ciudad. Desde el principio se confiscaron los bienes de los regulares, se extinguieron los conventos y se estableció un impuesto sobre las campanas, para extraer dinero de las iglesias; sobre todo, exigieron contribuciones... En tiempos de guerra importaba recaudar, se pedía préstamos forzosos a los nobles y a los más ricos, a cuenta de aquellas contribuciones.

Apenas hubo tiempo de plantear un nuevo modelo municipal, aunque se pusieron algunos cimientos. En marzo de 1812 se reunió a los miembros del ayuntamiento para lograr mayor eficacia. Se confirmaron cargos y se formaron comisiones, en función de las necesidades de alojamientos y de dinero que eran imprescindibles para el ejército y la campaña: comisiones de suministros para el mariscal y los altos mandos, raciones para la tropa, hospital militar, comisión de utensilios, de guerra, de clasificación de los vecinos, del libro padrón... Era un ayuntamiento en guerra, subordinado. Después nuevos nombres fueron designados —más afectos, quizá— como el corregidor y los veinte regidores. No se correspondía pues su organización a los decretos dictados por José I para los ayuntamientos. Suponía la dependencia absoluta de Suchet, debían ejecutar sus órdenes, porque la provincia se encontraba en estado de sitio. A primera vista, aparecen restos del viejo ayuntamiento, pero tiene un sentido distinto: se empieza a introducir la separación del sistema judicial nuevo, se redacta una especie de presupuesto... El análisis de quiénes formaron el nuevo ayuntamiento, algunos nobles y comerciantes, otras personas destacadas, proporciona una exacta radiografía de aquellos cambios; quizá los más no fueron afrancesados, pues algunos continuaron al venir Fernando VII. En la última parte, se escudriña —con minucia y orden— la actividad de aquellos hombres en los meses de la ocupación. Una institución debe ser estudiada en su organización y en sus hombres, pero también en la función que revela su sentido día a día. El centro de la actividad fueron las exacciones ordenadas por los vencedores, que llenan la mayor parte del esfuerzo municipal. Sabíamos poco de éstas, de las dificultades que soportó Valencia. Algunas obras urbanas y de sanidad completaron sus tareas. La universidad intentó continuar sus clases...

No es frecuente que los historiadores españoles se dediquen al estudio de la presencia francesa en la península —Mercader y algunos otros son excepción—. Se deja a los historiadores franceses, como Jean-René Aymes que la ha cultivado en los últimos años. Tras esa distribución de la investigación se esconde un criterio de especialidad, sin duda. La pertenencia a un país facilita la lengua y el acceso a archivos, el encaje en la historiografía propia... Pero también supone cierto matiz nacionalista en el autor, en la comunidad científica, en

los lectores... La historiografía del XIX se pone decidida de parte de los liberales, los afrancesados fueron más bien olvidados; sólo en época reciente ha habido estudios colectivos y particulares sobre ellos. En aquellos años, el nacionalismo liberal tuvo que componer una idea de la nación española, que sustituyera los viejos valores de la monarquía y la religión. La soberanía del pueblo reclamaba una historia del pueblo, no de clérigos y santos, ni sólo de reyes y nobles señores. El espíritu del pueblo alemán o los ciudadanos de la revolución en Francia habían pasado a ser el sujeto de la historia. En España, la gesta de la independencia sirvió a Galdós o a Toreno para escribir sus páginas o crónica sobre el origen de una nueva era. En Francia, Napoleón y sus ejércitos victoriosos —la Revolución, sobre todo— depararon hechos gloriosos para confeccionar aquella historia... Pero en países como Alemania o Italia, en donde tardó el cambio, o en Inglaterra, donde se había hecho paulatino, el pretérito se infiltró más en la reconstrucción histórica nacional. En España, los liberales partieron de la Guerra de la Independencia, mientras los sectores conservadores y eclesiales, incluso los moderados, prefirieron recordar pasadas glorias...

Pero no todos participaron en las ideas liberales: por un lado, quedaban numerosos partidarios del Antiguo Régimen, carlistas e integristas, que miraban hacia un pasado de viejos reinos y príncipes, más o menos ideologizado. Hasta en los liberales más avanzados —Martínez Marina, máximo exponente— existía una exaltación de la Edad Media, como ejemplo de libertades, junto a un rechazo de las dinastías extranjeras de Austria y los Borbones —el absolutismo—. Por tanto, la historia de la nación española se contaminó de tiempos pretéritos, cuando, en verdad, estaba naciendo entonces. El partido liberal moderado o el conservador echaron mano de viejas hazañas, de mitos e historias del Antiguo Régimen. Al lado de la pasada grandeza, colocó la religión y la Iglesia, que significaba la tradición y una fuerza coetánea indudable. Los neos de los hermanos Pidal reforzaron esta veta en el bando de Cánovas y después.

Los historiadores, aunque más eruditos, apoyaron aquellas antiguas presencias... Esa continuidad con pretéritos lejanos aparece, en especial en los manuales o las grandes síntesis, en donde es difícil sustraerse a los esquemas recibidos. Además siempre hay cierta dualidad de enfoques en quienes utilizan el relato histórico. La historia, en general, interesa a todos —al menos a quienes se tienen por ilustrados—; quizá por razón de su formación, o porque, sin duda, es un elemento para enjuiciar el presente. Pero cabe distinguir dos

tipos de relato o referencia histórica: una historia como esquema de los políticos y los oradores, los periodistas o los manuales, y otra de los investigadores. La primera es, en suma, un relato sencillo, sostenido por ideas acuñadas y mitos, más que sobre interpretaciones de datos. En los medios de comunicación esta historia-esquema se repite hoy machacona, simple, sin dudas, aunque pueda haber varias versiones. Se aprende en los primeros tramos de la enseñanza, se lee en la prensa o se ve en el cine, se oye repetida en la televisión, en los discursos sobre el presente, que poseen una fuerza con la que no puede competir el libro o la monografía. Una referencia histórica que va más allá de los hechos y propone mitos, unas abstracciones, que no se apoyan en un análisis concreto –aunque también a veces se desliza en la investigación–. En aquel entonces, en el ardor de la guerra y los cambios, se impuso en el sermón y el discurso político, en el romance de ciego y en el periódico... Por lo demás, en la primera mitad del XIX el análisis histórico era bastante pobre; estaba subordinado a la historia propuesta por el poder, que buscaba adoctrinar al pueblo... Incluso en el presente, frente a ella, la investigación apenas puede lograr alguna raedura, y en ocasiones también la apoya. Es la historia nacionalista...

En la península resultaba sobremano difícil construir esa idea unitaria de la nación. Los inicios del XIX son tiempos de separación de las colonias americanas, de invasión y guerra, de guerra civil carlista, que rebrota varias veces... Es imposible hallar un común denominador entre las diversas visiones políticas, el acuerdo que significó Napoleón para Francia, o se logró en Inglaterra durante la formación de su imperio; Prusia hizo la unificación alemana tras varias victorias. ¿Cómo casar el sueño integrista del Antiguo Régimen y la religión, con los progresistas liberales, que ni siquiera comparten algunas ideas esenciales, ni pueden convivir con los moderados? Los cambios políticos se producen mediante pronunciamientos, por eliminación de los contrarios, con una nueva constitución, en cada momento, según gobiernen los unos o los otros... ¿Cómo crear una idea de nación si no hay acuerdo político sobre la soberanía, la religión o sobre las lenguas...? En Inglaterra esta última diversidad se fue esfumando, en Francia, mediante la educación general, se acabó con las que algún texto de la época llamó «lenguas feudales». Alemania, aunque tardía fue capaz de relegar a dialectos las diferencias, como también Italia optó por extender el toscano. En España no fue posible –aunque el castellano creció, se impuso en buena parte–, porque las regiones mantuvieron su fuerza a lo largo

del siglo. Y no existieron fuertes movimientos regionalistas o nacionalistas hasta fin de siglo, sino que resurgían las provincias en cada una de las sucesivas quiebras del Estado central.

La península, en los comienzos de la revolución, estaba conformada por diversos territorios regidos por diferentes instituciones, derechos, lenguas, medidas... La monarquía no fue capaz de unificar, aunque intentó algunas vías, desde la extensión de normas castellanas al este peninsular –la Guerra de Sucesión–, o la creación de reales academias, la unificación tardía de medidas de longitud o capacidad –estudiada por Antonio García Belmar–. Ni existía un mercado peninsular de granos u otros productos, ni los medios de comunicación lograron uniformar los pueblos más allá de la religión –la Iglesia, los sermones–, o algunas ideas ilustradas entre minorías letradas. Los inicios del nacionalismo fueron, por tanto difíciles, en un ambiente de contradicción y de guerras, de decadencia... La organización central se resquebrajaba una y otra vez: las juntas se formaron frente a la invasión de los franceses, para desembarcar luego en una Junta Central, en las Cortes y la regencia. La monarquía de Fernando VII no ayudó, más bien se empeñó en aferrarse al Antiguo Régimen, que aprobaba la Iglesia y otros sectores –Luis XVIII en Francia ayudó con sus tropas, aunque supo adaptarse mejor en su reino–. Durante el reinado de Isabel II la situación no mejoró, las juntas regionales se formaron en 1840 para elevar a Espartero, o en 1843, aunque también se superan con el gobierno provisional de Joaquín María López y el acceso de los moderados. Hubo de nuevas juntas en el levantamiento progresista de 1854 y para la expulsión de la reina en 1868. Después, vinieron de nuevo los levantamientos carlistas, los cántones que afirmaban un federalismo más allá del defendido por Pi y Margall –la República intentó enderezar la situación, pero la intervención militar acabó con ella–. Años de lucha política con diversidad de tradiciones y situaciones diferentes: en el norte peninsular navarros y vascos –el núcleo del carlismo– mantienen instituciones públicas especiales, que no figuran en las constituciones...

Parece que con Cánovas se inaugura un tiempo nuevo, pero no es tan evidente. Los dos grandes partidos dinásticos llegan a un acuerdo y alcanzan una ficción de normalidad durante aquellos años. Más bien engañosa, aunque, cuando no están en guerra, los carlistas participan en las elecciones y sientan sus minorías en las Cortes; como también los ultracatólicos –los integristas–,

que consideran el liberalismo como un mal, de acuerdo con la condena del Syllabus. También quedaban fuera los demócratas que querían el sufragio universal, o los republicanos –algunos se hacen posibilistas con Castelar–. El desacuerdo es notable en los puntos esenciales. Los partidos obreros encuentran escaso hueco en el sistema de voto censitario y corrupción, de caciquismo: los socialistas participan, aun cuando fueran contrarios al sistema; el anarquismo, reñido con la representación parlamentaria... Cuando en 1890 se proclame el sufragio universal, el caciquismo y las mañas electorales están demasiado avanzados para responder a sus reivindicaciones. A finales de siglo, además, comienzan los partidos nacionalistas, el vasco de Sabino Arana y el catalán de Almirall y Prat de la Riba. El «desastre» de Cuba en el 98, muerto ya Cánovas, será el detonante de una situación que funcionaba con muchas dificultades...

La nación española en el siglo XIX no podía presumir de grandes hechos de armas, el antiguo prestigio de su imperio se había reducido a la nada. La guerra de O'Donnell en África o la retirada de Prim en la expedición al México de Juárez y Maximiliano, la guerra larga y la pérdida de Cuba y Filipinas, no podían suscitar el orgullo bélico de los tiempos pasados. Fueron años de desarrollo económico, pero el Estado no funcionaba... Se ha debatido entre historiadores si fue un Estado débil, incapaz de conformar la sociedad, de acuerdo con su idea e intenciones; la educación no fue vehículo de la nación, como en Francia al extender el laicismo o en Alemania para formar el imperio y lo que vino después... Sin embargo, cuando la educación favorece el poder tampoco es clara su ventaja: Bertoldt Brecht, ya en tiempo de nazismo, aludía al maestro alemán de siglo y medio antes: debería pasarse del servicio de la nobleza a la burguesía para enseñarle «buenos modales, catecismo, ciencia, altanería y el arte de mandar...», porque «siempre enseñé lo que querían mis amos, en este aspecto nada cambiará. Os voy a revelar lo que enseñé: el abecé de la miseria alemana».

El Estado español –entendido como los tres poderes– sustituyó a la Corona absolutista del altar y el trono, destruyó en buena medida la organización anterior. Algunos, al comprobar las oscilaciones frente a absolutistas durante el reinado de Fernando VII, coligieron que la burguesía era débil, cosa a todas

luces inexacta, ya que al fin venció. Con todo, la nobleza también gozó de fuerza indudable; una parte de la nobleza menor se alineó con las gentes adineradas y los nuevos políticos, pero la alta también logró ventaja en la abolición de jurisdicciones y las leyes desvinculadoras. La nobleza más poderosa siguió siendo cabeza política y modelo de prestigio: militares y políticos recibieron nuevos títulos para asemejarse. La Iglesia fue la gran sacrificada, pero desde el concordato de 1851 adquiere un estatus más cómodo. El gran ausente del sistema fue el pueblo, aunque se gobernase en su nombre; campesinos, menestrales y obreros, desde el analfabetismo, quedaron algo marginados de las ventajas de la Revolución: las diferencias sociales eran graves, los impuestos —la ley Mon— afectaban de forma desigual, los consumos y estancos predominaban sobre la contribución territorial o industrial... El servicio militar recaía en los pobres, que no podían eximirse. Pero, sobre todo, el voto censitario excluía de las elecciones a los más. ¿Cómo podía sentirse identificados con el Estado y sus ideas quienes no votaban siquiera? En donde una clase política superior gozaba de grandes privilegios y negocios, y se imponía a una masa analfabeta...

La incapacidad del Estado liberal —del poder— para diseminar una idea de patria común y una adhesión renovada no fue sólo consecuencia de la contradicción política y religiosa existente entre las minorías gobernantes o privilegiadas, de la ausencia del pueblo de a pie, de la pervivencia de las regiones, revivida por el republicanismo federal o los nuevos nacionalismos catalán y vasco. Es más, entre historiadores, con presencia en la prensa, la decadencia hispana había producido algunas obras, Adolfo de Castro, Cánovas —Valera también ensayó el tema—. Pero existía en el presente una situación que Joaquín Costa supo dictaminar, aunque no resolver: Oligarquía y caciquismo (1901) es sin duda un acertado diagnóstico de la corrupción política, pero el remedio no era fácil, Costa fue el gran fracasado. Hizo una encuesta, señaló deficiencias, pero no se halló el camino para enderezar o equilibrar intereses. El sufragio universal se difuminó en un mundo de caciques, en donde los gobiernos designados por la corona, siguieron aprovechando sus resortes —gobernación y los gobernadores— para lograr las mayorías... La Restauración requirió menor intervención de Alfonso XII y la reina regente; luego Alfonso XIII volvió a las andadas. Los profesores constitucionalistas Gumersindo de Ázcarate o Posada analizaron con nitidez los defectos del sistema político...

En torno a la pérdida de las colonias, se ahondó por la literatura regeneracionista en el «problema de España», con escritos de Ganivet o de Macías Picavea, Isern, Morote, Unamuno... Costa había diagnosticado la corrupción política y las carencias económicas de España, el militarismo cidiano; dio unas recetas y remedio de lo que cabría hacer, así como una vía de actuación política –el movimiento de las cámaras agrarias– que no resultó; luego se unió a los republicanos. Otros ya habían planteado antes en ámbitos concretos los problemas: la segunda polémica de la ciencia había denunciado el atraso –Menéndez Pelayo, Revilla, Perojo...– Lucas Mallada en Los males de España (1890) buscaba soluciones técnicas, como también Altamira en 1898 se atuvo a los problemas de la universidad y la educación; aunque entró de inmediato en cuestiones de la psicología del pueblo español para detectar la causa esencial de aquella situación, había que averiguar quién era «el hombre español». Costa pertenece también a este grupo, pues componía un recetario más o menos adecuado, incluso esperaba la venida de un hombre providencial «el cirujano de hierro», después explotado por las dictaduras militares del xx. Incluso el gobierno proclamó la regeneración con Silvela y Sagasta, aunque no lograrse gran resultado, Fernández Villaverde equilibró las finanzas públicas –faltas de los ingresos ultramarinos–, con la creación del impuesto sobre renta, o, en el nuevo Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes; García Alix con notable entusiasmo, y con menos Romanones, retocaron las enseñanzas...

A partir del 98, los políticos y muchos intelectuales ofrecieron ideas sobre el hombre español, sobre la angustiada identidad de España... Con retazos de historia simplificada, con estadísticas o consideraciones varias, debatió la literatura regeneracionista el llamado «problema de España». Con él se daban algunas recetas, muchas críticas, pero había que indagar sobre el sujeto, sobre la nación y el hombre hispano... De este modo, se relegaban cuestiones y carencias a un imaginario o a un discurso abstracto. Un hallazgo para la oratoria política y académica, para los literatos y los intelectuales, los periodistas... Se desplazaban un tanto las cuestiones políticas y sociales al limbo de las ideas: ¿cuál era la tara de España, la psicología o talante del hombre español?

Sin embargo, en la lucha política se evidenciaban la corrupción de la política, no sólo del sistema político, denunciado por Costa. La historia reciente apenas ha aludido a las ventajas y negocios de la oligarquía, que, en numerosas ocasiones, pueden rastrearse en la prensa o en los tribunales en algún caso...

Se dejaban deslumbrar un tanto por la idea sobre España –como un todo, una hipóstasis–, que ha tenido sucesivos rebrotes, y hoy aparece de nuevo, frente a los nacionalismos varios que pretenden una nueva descentralización, una organización –y unos impuestos– en que logren mayor participación y poder las autonomías.

Los planteamientos sobre el ser y la esencia de España recorrieron la última centuria y llegan hasta hoy. Ortega, un filósofo y periodista, escribió sobre la rebelión de las masas y de la invertebración de las provincias; aunque también criticó en muchas ocasiones y participó en la política concreta, con intensidad desde la primera dictadura. El casticismo de Unamuno, otro filósofo, se transformó en lucha política personal contra la monarquía y cuanto significaba, con su enfrentamiento a Alfonso XIII, su destierro y su vuelta... Pero las ideas sobre España y el hombre hispano continuaron en las más variadas circunstancias. En los años cincuenta sirvió para la pugna entre dos intelectuales del franquismo, Laín Entralgo y Calvo Serer, con su España como problema o sin problema. Las pugnas entre grupos falangistas y del Opus Dei se ventilaban en planteamientos esencialistas –tal vez no era posible argumentar de modo abierto en aquellos años de censura–. Por estas fechas también dos historiadores del exilio, Américo Castro y Sánchez Albornoz se enzarzan en la definición del ser o del estar del hombre hispano... La tragedia de la guerra y el exilio quizá late en los brillantes libros de aquellos grandes historiadores... En la península los seguimos con interés, la historia medieval y aun moderna no estaba demasiado prohibida.

Hoy nos hallamos de nuevo por doquier con el viejo problema, en especial en boca de los políticos, quizá con más atención a las ideas que a las tercas realidades políticas y económicas –también tercián algunos historiadores con más profundidad–. En lugar de cuestiones concretas sobrevuelan ideas nacionalistas de uno y otro signo. ¿Significa que hoy tampoco funciona bien el modelo de Estado? ¿O son simples escaramuzas para sumar votos en tiempos de varios nacionalismos?

MARIANO PESET

EL AYUNTAMIENTO DE VALENCIA Y LA INVASIÓN NAPOLEÓNICA

María Pilar Hernando Serra

(Prólogo de Mariano Peset)

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
2004

© La autora, 2004

© De esta edición: Universitat de València, 2004

Producción editorial: Maite Simón

Fotocomposición y maquetación: Ligia Sáiz

Corrección: Pau Viciano

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 84-370-5998-4

Depósito legal: V-2839-2004

Impresión: Grupo Carduche

ÍNDICE

<i>Prólogo de Mariano Peset</i>	11
<i>Introducción</i>	23
1. EL AYUNTAMIENTO DE VALENCIA A FINALES DEL ANTIGUO RÉGIMEN	27
Valencia a principios del siglo XIX	31
La oligarquía municipal valenciana: un poder sólidamente asentado	35
El corregidor	38
Los alcaldes mayores	42
Los regidores	44
2. ESTALLA LA GUERRA DEL FRANCÉS	57
Las juntas provinciales asumen el poder. Las juntas de Valencia	61
Las Cortes de Cádiz	67
La guerra en suelo valenciano	73
Financiación de la guerra	73
Medidas de defensa	85
Asedios a la ciudad de Valencia	90
Liberales, absolutistas y afrancesados	93
3. LA OCUPACIÓN FRANCESA DE LA CIUDAD (1812-1813)	101
Capitulación de Valencia	101
El ayuntamiento bajo el gobierno del mariscal Suchet	110
El ayuntamiento interino (9 enero-7 marzo de 1812)	110
El ayuntamiento «afrancesado» (7 marzo 1812-5 julio 1813)	125
Presión fiscal asfixiante: las contribuciones extraordinarias de guerra..	146
El gobierno francés y otras competencias municipales: obras públicas, sanidad y policía	172
Suchet y la Universidad de Valencia	177
Relaciones con la Iglesia	185
Estancia del rey José I en Valencia y salida de los franceses de la ciudad ...	188
APÉNDICE DOCUMENTAL	193
ÍNDICE ONOMÁSTICO	235